

Y la oracion de aquellas almas virginales se eleva en el espacio y penetra en las regiones de la armonia suprema.

Son ángeles tutelares de la humanidad. Por eso la humanidad las admira, las respeta y las bendice.

las lágrimas son todo que se queda en la tierra; y los males terrenales de que participa toda la humanidad son el resultado de esas lágrimas. Por eso la santa vestidura de esas ángeles del amor flota en las regiones del cielo que en las abstrusas llanuras del Honador: en el campo de batalla es la enseña gloriosa.

CAPITULO DECIMO.

Se han sucedido en el globo horribles catástrofes, entre otras tantas por efecto de las revoluciones que se agita la sociedad.

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

¡Pero sobre las ruinas que amontonaron los siglos, sobre el torrente desbordado de las revoluciones, la providencia ha enviado sus mensajeros.

Dios tiene sobre la tierra mensajeros de su Providencia.

Esos mensajeros son criaturas sublimes que el mundo admira, respeta y bendice: criaturas que forman la transición del reino de la materia á la patria feliz de los espíritus. ¿Quereis saber el origen y prosapia de esas afortunadas criaturas?

Son hijas del cielo.
Y madres de los desvalidos.
Y HERMANAS DE LA CARIDAD.
Viven en todos los países donde hay lágrimas que enjugar y males que compartir. Y

las lágrimas son rocío que fecunda toda la tierra; y los males herencia de que participa toda la humanidad.

Por eso la santa vestidura de esos ángeles del amor flota lo mismo en las regiones del polo que en las abrasadas llanuras del Ecuador: en el campo de batalla es la enseña gloriosa de la misericordia; en las poblaciones es el emblema de la ternura y la beneficencia.

Se han sucedido en el globo horribles cataclismos, entre cuyas ruinas perecieron instituciones venerandas. Hace un siglo que el soplo de la revolución tiene como envenenada la atmósfera en que se agita la sociedad.

Pero sobre las ruinas que amontonaron los cataclismos, sobre el torrente desbordado de las revoluciones, ha prevalecido incólume esa raza de heroínas, magnífico monumento del catolicismo, prodigio perenne de la caridad.

Solamente á la caridad cristiana era posible obrar tales prodigios.

La filantropía que encarecen los filósofos ama en el hombre al hombre; la caridad, y por lo tanto sus *hermanas*, aman en el hombre á Jesucristo, y en la figura del mendigo, del huérfano y del enfermo, ven con los ojos de la virtud la sacrosanta figura del Salvador.

La filantropía suele dar lo que le sobra; la caridad suele dar lo que no tiene; la caridad

parece que renueva diariamente el milagro de los panes y los peces.

La filantropía se compadece de las desdichas que vé ú oye; los ojos y los oídos son sus mensajeros: la caridad se compadece de las desdichas sin verlas ni oirlas; las siente en el fondo del corazón.

La filantropía remedia los males y consuela las aflicciones que le salen al encuentro; la caridad busca los males para remediarlos y las aflicciones para consolarlas.

La filantropía suele residir en los grandes palacios; la caridad vive en los hospitales y en los asilos. Allí viven también sus *hermanas*.

Allí, junto al lecho del moribundo, ó junto á la cuna del recién nacido, bosquójase la figura de una mujer, cuya existencia está consagrada al bien de sus semejantes.

Su rostro apacible y sereno, como su corazón, muestra las huellas del insomnio y de la austeridad.

Cuando en las horas lentas del padecer apenas hay para el mísero mortal un rayo de esperanza, aparece á sus ojos la heroína hermana de la caridad, de cuyos labios brotan palabras de resignación y de consuelo.

Cuando la mano de una madre monstruo deja caer sobre la cuna de la pública caridad el fruto de sus entrañas, la mano de otra ma-

dre más tierna lo recoje y lo acaricia, y cuida de su asistencia, y le enseña más tarde á perdonar, á orar y á ser feliz.

II.

La caridad no tiene patria.

Tampoco la tienen sus *hermanas*.

La caridad salva las distancias y atraviesa los mares, si en remotas tierras ó al otro lado de los mares hay lágrimas que enjugar y penas que compartir.

Y sus hermanas salvan asimismo las distancias y cruzan el Océano en busca de los pobres y de los afligidos.

Donde quiera que el sol deja sentir su influencia; donde quiera que alienten séres racionales, allí se llora; allí está la caridad; allí viven sus hermanas.

Prodigios de ternura y de amor santo, su paso por la tierra semeja el de un astro que ilumina sin quemar, el de una ráfaga que purifica sin destruir, el de un arroyo que fecunda sin inundar.

No hay en la tierra premio para sus beneficios ni corona para su heroísmo.

Su premio y su corona están más altos.

Solamente en el corazón de una mujer puede esconderse tal tesoro de caridad y sentimiento.

Ella, que está organizada para compadecerse y para sentir, es la única que puede menospreciar las grandezas y los aplausos, los triunfos de la hermosura y los halagos de la opulencia, para ocultarse en el fondo sombrío de un hospital, como perla de valor inapreciable en el fondo de una concha.

Ella, que ha nacido para amar, y para amar puramente, por más que el hombre llene de asechanzas su camino; ella que cuando esposa y cuando madre dulcifica las horas de la vida en el hogar tranquilo de la familia, cuando madre y hermana de todos los que padecen, dulcifica y atenúa los infortunios en el recinto de la gran familia, en el seno de la sociedad.

Si la idea de madre de familia hace inconcebible y absurdo el ateísmo, la idea de hermana de la caridad hace absurdo é inconcebible el escepticismo.

Toda la arrogancia de los *espíritus fuertes* se confunde ante el pobre sayal de una mujer que se sacrifica heroicamente en bien de la humanidad.

Los guerreros y los conquistadores producen el llanto y llenan los hospitales, y una mujer piadosa enjuga el llanto y cura las heridas.

Esos guerreros tienen más fuerza; esa mujer tiene más corazón.

Los que denigran por sistema al sexo que

llaman débil; los que se burlan ridículamente de todas las mujeres, devolviendo quizá á todas la ofensa que una les hizo, que se acuerden de su propia madre; y si no han tenido la dicha de conocerla, que se acuerden de esas criaturas sublimes que son madres de todos los desgraciados y hermanas de la caridad.

Cuando en época muy reciente la guerra ensangrentaba los mares y las campiñas, ya lo hemos dicho, el santo ropage de esas mujeres ondeaba en todas partes como la enseña del bien, como la bandera santa de la ternura y de la caridad cristiana.

En los días del contagio y del conflicto, esas mujeres infatigables se multiplican, y aparecen como ángeles de consuelo en medio de la humanidad afligida y desolada.

Por eso las bendice la humanidad.

La humanidad escribirá en su historia con caracteres de luz el nombre venerando de SAN VICENTE DE PAUL.

CAPITULO UNDECIMO.

LA POBREZA.

I.

Los hombres de la actual generacion transigen con el carácter de las mujeres, con su vanidad, con sus defectos; pero no transigen con su pobreza.

Esta es una verdad que no honra mucho á la generacion presente; pero es una verdad indisputable.

En vano se afanan los políticos y los hombres de estado por descubrir las causas del malestar que aflige á las sociedades modernas.

La misma altura á que elevan sus investigaciones les impide ver la realidad por que anhelan.

Cuando ahuyenten de la mayor parte de la juventud ese espíritu mercantil que la devora; cuando dejen caer el rocío de las buenas máximas sobre su corazón marchito y abrasado; cuando hagan germinar en él lo que le falta de ilusiones y borrarse totalmente lo que le sobra de cálculo, entonces cambiará el aspecto de la sociedad.

En la mitad del siglo XIX no son ya los ejércitos ni las conquistas los medios de civilizar á las naciones y acrecentar su legítima influencia.

A esos medios violentos ha sucedido otro por extremo tranquilo y apacible: la educación.

Hablar mucho de una virtud es regular indicio de que se practica poco.

El fariseísmo ha sido en todos los tiempos idéntico.

El abuso que hoy se hace de la palabra *educación*, es un testimonio tristísimo del descuido deplorable que en este punto se observa.

Así como las facultades físicas se desarrollan ordinariamente á expensas de las intelectuales, y viceversa, así en determinadas ocasiones el crédito de *la palabra* sólo puede alcanzarse á expensas del de *la obra*.

Por eso, cuando entre ciertas gentes se habla de educación, y entre otras de virtud, y entre otras de conciencia, recordamos la

felicísima expresión de un gran hombre, que llamaba á esas declamaciones "torrentes de palabras en un desierto de ideas."

En nuestros días, si el desinterés y la abnegación, y la generosidad, y el desprendimiento que vagan por todos los labios pagasen algunos céntimos siquiera de contribución, las arcas del Erario se enriquecerían fabulosamente.

Pero si esa misma contribución se impusiese al desinterés y la abnegación, y á la generosidad y al desprendimiento, es probable que el Estado no recaudase ni para el sueldo homeopático de un maestro de escuela.

Enlacemos las ideas. El sistema homeopático aplicado á los maestros de escuela, produce una educación homeopática.

Y el sistema de las dosis infinitesimales, que aplicado á la salud dicen que no cura, aplicado á la educación mata indefectiblemente.

Para la vida del alma, para los goces puros del hombre honrado, están muertos esos corazones que sólo vibran al sonido del metal.

¡Desgraciada juventud la que cifra toda su ciencia en la aritmética; la que sólo sabe contar y deducir!

Al hablar de una mujer, preguntaban nuestros abuelos: "¿es honrada?"

Nuestros padres solian ya preguntar: "¿es hermosa?"

Nuestros jóvenes de la actualidad preguntan simplemente: "¿es rica?"

A nuestros abuelos les parecia imposible prescindir de la honradez.

Nuestros padres no transigian mucho con la fealdad.

La generacion de hoy no concibe que puedan hermanarse la hermosura y la pobreza.

Al hablar de la hermosura, entiéndase la necesaria para arrastrar hasta el matrimonio.

Por lo demás, esa parte de la juventud no es tan miope de la vista corporal como de la vista del corazon: y harto sabe que existen beldades pobres donde la naturaleza quiso agotar el tesoro de sus gracias.

Pero como el tesoro de las gracias no puede sacar de apuros, la juventud renuncia al título de posesion legítima.

Eso no quita para que aproveche toda coyuntura de trasformar á las beldades pobres en *pobres beldades*.

II.

Las indicaciones que respecto á los hombres de hoy acabamos de hacer, no son del todo inaplicables á la mujer.

Era casi imposible que el contagio la perdonara, y no la ha perdonado.

Las mujeres, á quienes apenas enseñamos á leer y á escribir, aprenden solas á contar; tambien saben aritmética.

Pero la aritmética de las mujeres es todavía ménos simpática que la de los hombres, y mucho ménos segura.

Dada la propension á calcular, las mujeres calculan mal casi siempre.

En los tiempos de Juvenal no habia nada más intolerable que una mujer rica: *intolerabilius nihil est quam foemina dives*.

Si hoy viviese Juvenal, es de presumir que no se arrepintiera de su dicho.

Quando la mujer se convenza de que si el hombre es honrado no ha de amarla por su capital, y si no es honrado compra ella misma con su capital su desventura, aprender á despreciar el capital.

El amor y la pobreza no son buenos amigos; todo el mundo repite esta especie de aforismo:

Amante que no puede dar sino suspiros, no puede ser pagado sino en esperanzas.

Esta vulgaridad se parece mucho á aquella otra de los tiempos de Plauto, cuando se decia que las mujeres tienen siempre los ojos en las manos.

O á otra de todos los tiempos antiguos y modernos, que consiste en reconocer como

únicas fuentes del amor la figura, el talento ó los honores.

Pobre idea tienen del amor los que de tal manera se atreven á circunscribirlo.

Si el amor que brota de las prendas físicas está pendiente de un cabello, y el que brota del talento pendiente de una necesidad de las mil que dicen y hacen los sábios, el que brota de la posición social no está pendiente de nada; está en el aire, como se halla todo en la sociedad presente.

El amor de pobre á pobre se expone á ganar y no se expone á perder: el amor de rico á rico se expone á perder y nunca á ganar: el amor de rico á pobre, y vice versa, solamente ganará si se nivela con el talento y la honradez la diferencia que ha establecido la casualidad.

El amor y la avaricia no son buenos amigos: hé aquí un aforismo verdadero.

El amor hace más pródigos que avaros: tiene razon Mad. de Scuderi.

El amor no puede ni debe ofrecer sino amor; quien por su medio se proponga obtener otra cosa, no es digno de ser amado.

Es la pena más horrible que puede caer sobre el corazón de un mortal.

Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino del amor.

Bienaventurada la pobreza, porque ella ha sido la madre de los génius.

Hablamos de la pobreza honrada, noble, cristiana.

¿De qué sirve la riqueza al corazón, si con todo el oro de Australia no puede comprarse un átomo de amor?

Ante el amor no hay pobres ni ricos, ni existe el oro ni el oropel;

Que sólo iguales el amor conoce.

LOS EXTRAÑOS

Muchos de nuestros lectores no tendrán quizá noticia de sor Juana Inés de la Cruz.

Es una gran poetisa americana del siglo XVII: una mujer singular, en la que, como escribe un reverendo padre al copiar sus poesías, se comprueba que no es incompatible ser muy siervo de Dios y hacer muy buenas coplas.

Con permiso de su paternidad reverendísima, los cantos de la inspirada religiosa mexicana, que mereció el dictado de santa, son mucho más que coplas: son un tesoro de poesía y de conceptos, bastante para alcanzar una reputación bastante como el mismo pa-